

Elena Poniatowska

La puerta lateral del periodismo

Guillermo Vega Zaragoza

I. “¿TLATELOLCO? PERO SI SIEMPRE HA SIDO UN MORIDERO...”

Como muchos mexicanos, el primer libro de Elena Poniatowska que leí fue *La noche de Tlatelolco*. Por mi historia personal, tal parece que estaba predestinado a ello. Nací en mayo de 1967 en la calle de Luna, en la colonia Guerrero, a unos cuantos pasos de la Plaza de las Tres Culturas, y fui bautizado unos meses después, el 30 de septiembre de 1967, en la Iglesia de Santiago Tlatelolco (en efecto: la misma que se negó a abrir sus puertas para resguardar a los estudiantes y vecinos que huían de la refriega que se escenificaría un año exacto después). Dos de mis hermanos eran entonces alumnos de la secundaria número 16 Pedro Díaz, la más cercana a la plaza, y una de mis tías, Carolina, vivía en uno de los bajos edificios rojos que se encuentran detrás del edificio Chihuahua, en cuyo tercer piso el Consejo General de Huelga del movimiento encabezó el mitin.

Conforme fui creciendo, las historias que escuchaba en reuniones y sobremesas familiares acerca de “la matanza del 68” se hacían cada vez más escalofrantes: Que desde la azotea se podía ver a los francotiradores apostados en el edificio de la Secretaría de Relaciones Exteriores (hoy Centro Cultural Universitario Tlatelolco de la UNAM). Que las calles se cimbraban al paso de los tanques. Que mi padre les prohibió a mis hermanos asistir al mitin porque “podía pasar algo”. Que el día de la masacre mis primas escondieron en su departamento a estudiantes que huían de sus perseguidores (igualito que

en la película *Rojo amanecer*, de Jorge Fons, sólo que en la realidad los jóvenes salvaron la vida porque, luego de que los soldados tocaron la puerta, ellas respondieron: “¡Somos puras mujeres, mi mamá no está!”, y uno de los militares sólo aconsejó: “¡No le abran a nadie!” y se fueron sin más). Que en el techo del departamento había la huella de una bala perdida. Que a los cadáveres los subían a carretadas en camiones para llevarlos al Campo Militar número 1 (que yo imaginaba como una sucursal del infierno). Que a los detenidos los desaparecieron y nadie más los volvió a ver. Que no se sabía el número exacto de muertos, pero que eran cientos o hasta miles, vaya uno a saber. Pero no entendía por qué había sucedido todo eso, cuáles eran sus orígenes y mucho menos cuáles fueron sus consecuencias. Sólo anécdotas, pero ni una explicación. Una especie de conspiración de silencio que durante años tuvo mucho sentido: el 68 fue “el petate del muerto” subrepticamente utilizado por los subsecuentes gobiernos priistas para inhibir cualquier otro brote parecido de inconformidad social: “Nada de salir a la calle a protestar. Acuérdense lo que les pasó a los estudiantes por andar de revoltosos”. La arenga de “Dos de octubre no se olvida” utilizada en cada aniversario de la matanza sirvió durante años lo mismo para el martirologio que para el desaliento. Hasta que llegaron los temblores del 85 a mostrar que el gobierno no tenía el control de todo y apareció oficialmente en la vida pública la así llamada “sociedad civil” (cuya acta de nacimiento, como se sabe, extendió Carlos Monsiváis en una de las crónicas de *Entrada libre*).

Habría sido cuando cursaba la secundaria que mi tía Clara —precisamente mi madrina de bautizo— me prestó un ajado ejemplar de *La noche de Tlatelolco*, con sus pastas negras a punto de colapsarse de haber pasado por tantas manos. “Ahí está toda la verdad”, dijo mi tía en voz baja, como si me revelara un secreto inconfesable y largamente guardado, y yo lo leí con avidez, intrigado y horrorizado. ¡Todo eso había pasado a unas cuantas calles de mi casa! ¡Le podía haber pasado a alguien de mi familia!

Ya en el bachillerato, supe la historia del libro y me enteré de quién era Elena Poniatowska, porque de nuevo Tlatelolco apareció en la historia de mi vida, ahora con la tragedia del edificio Nuevo León, que se desplomó a consecuencia del terremoto del 19 de septiembre de 1985 (curiosamente, la fecha también me era significativa: era cumpleaños de mi padre), como corroborando lo que dijo la octogenaria Francisca Ávila de Contreras, vecina del lugar (consignado por Poniatowska): “¿Tlatelolco? Pero si siempre ha sido un moridero...”.

Y sí: desde épocas precolombinas, la Plaza de la Tres Culturas fue lugar de sacrificios. Antes de Cortés, en el 68 y durante el terremoto (otro parteaguas de la historia de nuestro país), Tlatelolco ha llorado a sus muertos, ha visto sus paredes pegosteosas de sangre y lamentos. ¿Tendrá todo esto algún significado? ¿Significará el 68 lo mismo para los que lo vivieron, para los que tenían entonces diez o doce años y vieron todo desde la banqueta, como dice Juan Villoro, para los que éramos niños de teta o todavía ni nacían, para los chavos banda que sacaron cadáveres después del terremoto, para los cecechacheros del primer CEU, para los cegehacheros de la larga huelga de la UNAM, para los nuevos “anarquistas”, para los “ninis”, para los jóvenes y niños que nacieron en la era de Internet, Twitter y Facebook?

Lo cierto es que, durante muchos años e incluso hoy, *La noche de Tlatelolco* ha sido el documento más vivo, emotivo y contundente para entender qué fue lo que sucedió en aquellos meses de 1968, semilla regada con sangre que fructificaría mucho tiempo después para ensanchar nuestras libertades civiles y democráticas.

¿En qué radica la fuerza perenne de *La noche de Tlatelolco*? Algunas aproximaciones: se trata de un documento único en la historia del periodismo y la literatura de nuestro país, un gran ejercicio de investigación, creación y análisis. Poniatowska se dio a la tarea de entrevistar y recopilar testimonios de los protagonistas, pero sobre todo de los que vivieron los hechos como ciudadanos comunes y corrientes. De esa manera, el lector se siente de inmediato involucrado. No están hablando sólo los políticos, los líderes o los notables a través del periodista, sino que éste se anula y le cede la voz a todo aquel que tiene algo que decir, a la señora del mercado,

al empleado, al estudiante, al hombre de la calle. ¿Es *La noche de Tlatelolco* el primer ejemplo de *Nuevo Periodismo* (esa cosa indefinida inventada por Tom Wolfe) en México? Algunos han dicho que sí. ¿Pero qué es, realmente? Es crónica, reportaje, novela sin ficción, *collage*, gran montaje coral, testimonio colectivo. Es todo eso y quizá más: es una obra literaria que sigue vigente para recordarnos que el peligro del autoritarismo permanece latente y que el mejor antídoto para el silencio y el olvido de las injusticias es el registro fiel de la memoria colectiva.

Sin embargo, Elena Poniatowska no estuvo en Tlatelolco en el 68. Ni siquiera participó activamente en el movimiento. Se interesó en él porque su hermano Jan desapareció el 2 de octubre. Algunos se lo siguen reprochando, como si para el periodista fuera requisito indispensable ser él mismo protagonista de la noticia, como si el trabajo periodístico no fuera sobre todo la investigación y el análisis de la información para presentarle los hechos al lector de la mejor manera posible y pueda entender la magnitud de los acontecimientos. Pero el tiempo le permitió sacarse la espina, aunque fuera a costa de otra tragedia, pero de índole distinta (o quizá no tanto) al 68. Las crónicas y entrevistas sobre los sismos del 85 que aparecieron casi todos los días durante varios meses en *La Jornada* —y que luego recopiló para formar el libro *Nada, nadie. Las voces del temblor*— demostraron que se trataba de una gran reportera, que sabía arremangarse y meter las manos a la realidad, entrevistando damnificados, colonos, costureras, amas de casa, ahora sí, en vivo y a todo color, conforme iban sucediendo las cosas. *Nada, nadie* es, quizás, el trabajo más irreprochablemente periodístico de Elena Poniatowska, lo cual ya es mucho decir, tomando en cuenta su larga trayectoria como periodista, reportera y entrevistadora.

II. “AHORA YA NO CHINGUE. VÁYASE. DÉJEME DORMIR”

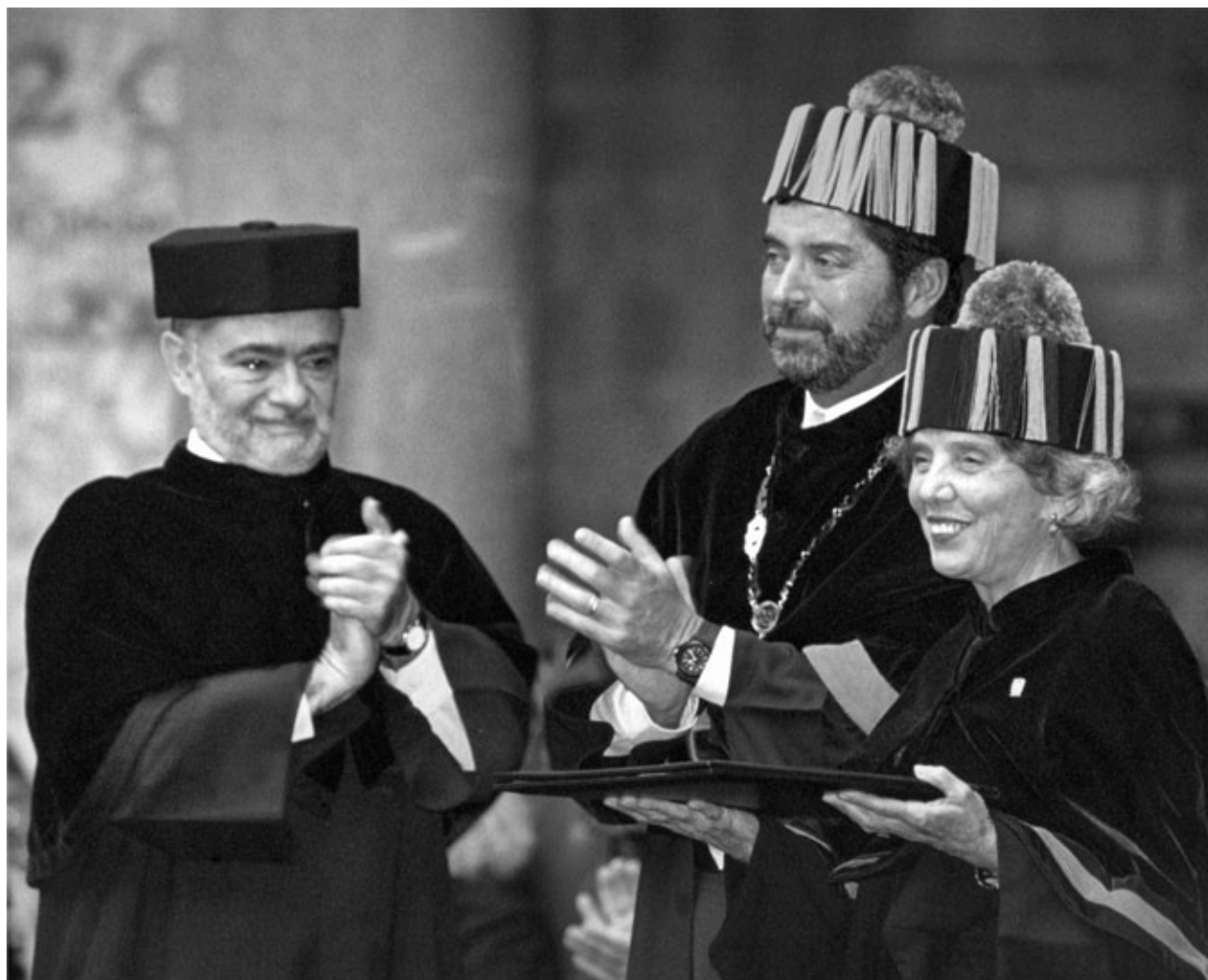
Como se sabe, el trabajo periodístico de Elena Poniatowska está ligado de forma indisoluble a su obra literaria. No es ella una autora que abogue por lo totalmente ficticio. Sus temas, preocupaciones y personajes están basados de manera inevitable en personajes reales, muchos de ellos históricos. Luego de *La noche de Tlatelolco*, el siguiente libro que leí de ella fue *Hasta no verte Jesús mío*, publicado en 1969, pero que recuerdo haberlo hecho en la edición de la famosa segunda serie de Lecturas Mexicanas, que editó la SEP mucho antes de Conacultas y campañas de fomento a la lectura. Curiosamente, al estarlo leyendo, me enteré de que Jesusa Palancares, la protagonista del libro, era real y había fallecido unas semanas antes, a los 88 años.

La frescura y el desenfado del lenguaje que tan bien logra registrar Poniatowska en sus libros invitan al lec-

tor a convivir con sus personajes, a sentirlos cercanos, a pesar del tiempo, la distancia y las diferencias sociales. Esta fue su primera incursión en la novela pero entró en ella de manera tangencial: se trata de una larga entrevista novelada, donde, en una elocuente y desme- catada primera persona, “La Jesusa” —como cariñosa- mente la llama la autora— nos hace cuestionarnos so- bre muchas cosas: sobre los valores de nuestra gente, que es la mayoría y que son los que no tienen voz, los des- heredados, los que no tienen ni un perro que les ladre, que son, como decía la propia Jesusa, “poco menos que basura” para las clases privilegiadas. Y nos hace pensar si todos esos valores que nos endilgan como el amor, la fraternidad, no serán —y aquí parafraseo a la misma Je- susa— puras pinches invenciones de la gente que no tiene que hacer, que en lugar de ponerse a trabajar, de darle duro a la friega, se pone a hacer visiones, y que mi amor, que yo te quiero, que si tú también y que si no pues ahí nos vemos. “Puras tarugadas”, diría ella. La Je- susa nos hace poner en tela de juicio todas nuestras con- cepciones sobre los valores que frecuenta la sociedad opulenta, porque ella, como millones de mexicanos, nunca recibió una caricia ni una palabra de aliento, por- que nunca la necesitó, porque su padre, Pedro, cabrón y todo, y el Perico, su hijo, desgraciado y todo, no tu- vieron que decirle a cada rato que la querían. ¿Para qué?

Si sabía que al rato ya iban a estar haciendo sus tonterías. Le decían que la querían con su presencia, con sus actos que, buenos o malos, reflejaban una forma de ser auténtica, genuina.

Sin embargo, resulta necesario resaltar que, como la mayoría de la gente, del verdadero pueblo, muchas co- sas de las que cuenta Jesusa son, si no totalmente falsas, por lo menos parcialmente ciertas o en gran parte mag- nificadas. En esto se parece mucho a *La princesa del Pa- lacio de Hierro*, ésta sí novela totalmente ficticia y mo- nologada que Gustavo Sáinz publicó seis años después, en 1975. Por ejemplo, cuando muere su esposo y Jesu- sa llega con el general a reclamarle sobre lo de su pen- sión. Pongamos que llega frente al general y le explica su problema pero no tan enérgicamente como lo plati- ca. Esta tendencia a magnificar las cosas o a desdeñar los propios sentimientos (ante el abandono del hijo ingra- to o la despreocupación de sus conocidos ante sus ma- les) son, pienso, un mecanismo de autodefensa y una forma de protesta, de reclamo (como se diría común- mente, de “echar frijoles”), para defenderse de los des- calabros sufridos, porque la gente como Jesusa no tiene más instrumento para hacerse respetar. Una vez ya co- nociéndoles no tendrá uno tanta suerte como para que nos digan lo que verdaderamente sienten, pero estarán menos a la defensiva. La vida le dio tantos golpes a



Con Juan Ramón de la Fuente e Ignacio Solares en la investidura del doctorado *Honoris Causa* otorgado por la UNAM, 2001



Jesusa que la volvió desconfiada, incrédula, como todo nuestro pueblo.

El título mismo del libro destaca ese sentimiento de desconfianza, pero es esta una incredulidad trocada en otra credulidad. Si algo es constante en esta obra es el elemento mágico-religioso; es la muletilla que justifica muchas acciones y actitudes que rodean a la protagonista. Esta nebulosa concepción de lo religioso, entre lo espiritista y lo católico, es otra muestra de ese sentimiento de incredulidad y de autodefensa ante las instituciones. La suspicacia marca la pauta de su vida, pero se advierte una infinita necesidad de creer, de asirse a algo, por lo que toma lo que mejor le conviene y hace una divertida y torcida mezcla de creencias y de mecanismos de pensamiento para explicar los fenómenos, producto de la ignorancia (como burguésmen- te la concebimos) y la desconfianza.

Hasta no verte Jesús mío le debe mucho a la picaresca española (*El Lazarillo de Tormes*, *La vida del Buscón*...), pero con la agravante de que los autores de estos libros tal vez formaron a sus personajes aglutinando los caracteres de la época para hacer una divertida crítica social, como sucede también con Pito Pérez, el de la vida inútil, de José Rubén Romero, para situarnos en un ambiente más mexicano. Sin embargo, el libro de Poniatowska tiene gran contacto con el *Bildungsroman*, o novela de crecimiento, inaugurada por *Los años de aprendizaje de Wilhelm Meister* de Goethe, donde se sigue, paso a paso, el desarrollo de la personalidad del protagonista. No obstante, buena parte de estas novelas —como *Retrato del artista adolescente* de James Joyce, *Rojo y negro* de Stendhal o *Las confesiones del estafador Felix Krull* de Thomas Mann e incluso *De perfil* de José Agustín— registra sólo un lapso relativamente corto de la vida del personaje, que la mayoría de las veces es producto de la ficción, porque aspira a la universalidad. Pero con Jesusa no sucede esto. La vida de Jesusa es tan real como la

lograda recreación testimonial que hace Poniatowska en su larga entrevista novelada, pues abarca tanto tiempo en las vivencias de Jesusa como lo permiten la extensión del libro y su paciencia (“Ahora ya no chingue. Váyase. Déjeme dormir”, le dice). Sólo el oficio de periodista permite esa capacidad de fidelidad a lo que declara el entrevistado, como si fuera una grabadora, como no lo haría la más rápida de las taquígrafas.

Algunos críticos han tachado esta obra de “chantaje sentimental” de la autora para dársele de “comprometida con los desposeídos”. Nada más lejano que eso. Poniatowska logró acercarse a una mujer del pueblo, pero no con afanes antropológicos, sino dándole voz, buscando aprehender su esencia. Pues, como ha dicho Martha Robles, la autora y su personaje “narran el dolor y las sombras ondulantes de una vida intensa”. Intensa porque son mujeres y nadie más capaz de entender a una mujer que otra mujer. ¿Será una especie de lenguaje cifrado o una característica biológica inherente al género femenino? Vaya uno, hombre insensible, a saber. No obstante, Elena Poniatowska pudo captar las sutilezas de la ternura femenina que en Jesusa, por estar decantadas, son apreciablemente más puras, trazadas como un aguafuerte, como un diamante sin pulir pero no por ello menos valioso.

III. “YO SOY EL ICUIRICUI, YO SOY EL MACALACACHIMBA”

El tercer libro que leí de Elena Poniatowska fue *¡Ay vida, no me mereces!*, colección de semblanzas-crónicas-retratos de escritores. Lo hice con un objetivo específico: la literatura de la Onda. Acababa de descubrir las obras de José Agustín, Gustavo Sáinz y Parménides García Saldaña, cuentos y novelas que hablaban de cosas que yo, entonces adolescente, sí entendía, que me interpelaban directamente: el rock, las mujeres, la angustia de

saberse diferente en un mundo donde hay que hacerse un lugar a madrazos. Y quería saber más de ellos.

Precisamente en ese libro, Poniatowska compara la vida de Jesusa con la de los escritores de la Onda, pero sobre todo con la del también ya desaparecido García Saldaña. Afirma que “todos [los escritores de la onda] de una manera u otra han tratado de rescatar un lenguaje coloquial popular, y todos, conciente o inconcientemente, se han dado cuenta que la extracción de ese lenguaje es lumpen, el que emplean las capas más rechazadas de la sociedad, y esto los ha llevado a romper las barreras de la clase media y a sentir apego por los jodidos... y en la perdición de su rumbo, de una manera o de otra, comparten la condena; no son nadie, no son nada, ni siquiera mexicanos”. No por nada Jesusa se consideraba sin patria, como los húngaros, y Carlos Monsiváis calificó a los onderos como “la primera generación de norteamericanos nacidos en México”. Chaparros (pero no de espíritu), profundamente inconformes, la Jesusa y el Par vivieron siempre en el límite, pero no se dejaban caer, luchaban incansablemente para ganarse cada pedazo de existencia, para merecerse el aire que respiraban, con la frente siempre en alto, sin avergonzarse por haber vivido de acuerdo a lo que proclamaban.

Sin embargo, de manera sorpresiva para mí, el verdadero hallazgo del libro fue Carlos Fuentes. O más bien: el retrato de Carlos Fuentes que elabora ahí Poniatowska. “Fuentes inaugura en México una modalidad sorprendente nunca jamás vista: la literatura como carrera, como profesión. Antes de Fuentes, los escritores eran funcionarios públicos y además *escritores*, burócratas y *escritores*, siervos de la nación que demandaba su lealtad de *escritores*... Fuentes logra prestigiar la carrera de escritor, hacerla glamorosa, divertida y respetada”. Fuentes fue el primer *escritor profesional* que existió en México. Demostró que se podía vivir sólo de escribir y tener prestigio, que la literatura dejara de ser un hobby de licenciados y funcionarios públicos. Ah, chingao. ¿Entonces sí se podía vivir de ser escritor en México? De inmediato quise ser escritor, pero no cualquiera. Escritor como Carlos Fuentes: guapo, vestido de impecable traje blanco, casado con una bella actriz, viajando por todo el mundo, codeándome con los meros picudos, ganando todos los premios habidos y por haber, traducido a mil lenguas y dialectos... Y bueno, resulta que sólo pude ser escritor, sin nada de lo otro.

Así de efectivos son los retratos y entrevistas que realiza Elena Poniatowska: uno quisiera ser amigo de los personajes sobre los que escribe, llevarse de cuartos con ellos, secretarse mutuamente, que nos cuenten sus intimidades para poder publicarlas. Eso hace tanto con los personajes reales como con los ficticios, tanto en sus trabajos periodísticos como en sus cuentos y novelas. Y eso es una cualidad poco común: lograr tanta empatía a través de la palabra escrita.

IV. NO CONFUNDIR LA GIMNASIA CON LA MAGNESIA

Como Elena Poniatowska, he llegado a la literatura por la puerta lateral del periodismo. Quizá por ello me atraen tanto sus libros. Para aquellos que se consideran a sí mismos “literatos de pura sangre”, los periodistas somos indignos de codearnos con ellos. ¿Qué es eso de andar metiendo las manos en la realidad, y peor: andar metiendo personajes de la vida real al imperio impoluto de la imaginación literaria? El propio Fernando Benítez, periodista cultural si los hay, se quejaba amargamente de estos distinguos: “Para los periodistas soy escritor, para los historiadores soy periodista, y para sociólogos y antropólogos soy un diletante”.

Ahora que Elena Poniatowska ha obtenido el Premio Cervantes se ha desatado la polémica acerca de sus merecimientos eminentemente literarios para colarse en una lista de notables que incluye a Carpentier, Borges, Onetti, Paz, Alberti, Sábato, Fuentes, Bioy Casares, Vargas Llosa, Cabrera Infante, Mutis, Gelman, Marsé, Parra..., dado que más que escritora es una simple periodista. En descargo, cabe recordar que fue precisamente el primero de los antes mencionados, el autor de *El recurso del método*, quien en alguna ocasión escribió que no entendía por qué algunas personas se empeñaban en mandarse a hacer tarjetas de presentación con el título “periodista y escritor”, si ambas ocupaciones eran, para él, una y la misma.

Por sopesar su valor habría que adentrarse en la obra literaria de Elena Poniatowska de manera abierta, sin prejuicios, para analizarla en su justa dimensión. Un buen punto de partida es el libro *La palabra contra el silencio. Elena Poniatowska ante la crítica*, coeditado por Era y la UNAM apenas en mayo de este año. Se trata de una selección realizada por Nora Erro-Peralta y Magdalena Maiz-Peña que incluye textos de Juan Rulfo, Octavio Paz, Sergio Pitlor, Carlos Monsiváis, José Joaquín Blanco, Sara Seifchovich, Margo Glantz y Sara Poot Herrera, entre una larga nómina de especialistas nacionales y extranjeros de su obra.

Luego de *Hasta no verte Jesús mío*, Poniatowska tardó casi nueve años en volver a publicar otro trabajo novelístico, el corto y entrañable relato epistolar *Querido Diego, te abraza Quiela*, la historia de amor desgraciado entre Diego Rivera y Angelina Beloff. Al año siguiente aparecieron los relatos de *De noche vienes* y en 1988 dio a las prensas su novela autobiográfica *La “Flor de Lis”*. No fue hasta 1992 que publicó *Tinísima*, la voluminosa novela biográfica sobre la fotógrafa Tina Modotti y su amorío con Julio Antonio Mella, comunista cubano violentamente asesinado.

Este pesado volumen, largamente preparado y anunciado, fue la primera y verdadera prueba de fuego como genuina novelista para Poniatowska. Salió adelante por

sus propias aptitudes para armar personajes entrañables y construir escenas y situaciones con lenguaje ágil y encantador. Sin embargo, el asunto de la estructura se manifestó como su talón de Aquiles. A veces menos es más y el libro pudo haber ganado si lo hubiera reducido a dos terceras partes.

Luego del discreto acierto de *Paseo de la Reforma*, Poniatowska ganó el Premio Alfaguara de Novela en 2001 con *La piel del cielo*, la ficcionalización de aspectos de la vida de su esposo, el astrónomo Guillermo Haro. No obstante, ella misma la considera la más desafortunada de sus incursiones en el género, con un final abrupto y quizás apresurado. En ello coincidieron también la crítica y los lectores.

A pesar de este descalabro, Poniatowska no se arredró y con sus siguientes novelas ha ganado dos de los premios literarios más prestigiados de la lengua española: con *El tren pasa primero*, relato ficcionalizado sobre el movimiento ferrocarrilero de 1958 y la vida del líder obrero Demetrio Vallejo, obtuvo el Rómulo Gallegos en 2005, y con *Leonora*, su novela biográfica sobre la pintora Leonora Carrington, el Biblioteca Breve de Seix Barral en 2011. En ambas resulta evidente que Poniatowska ha avanzado en forma notable como narradora: ha pulido cada vez más su eficacia, va directo al grano, al alma de sus personajes, contando sin preámbulos innecesarios las anécdotas y las acciones, constru-

yendo escenas y secuencias con solvencia y efectividad. Sus libros se dejan leer con facilidad, atraen a los lectores, y eso a veces no es bien visto por los cenáculos de la crítica. Estas virtudes se encuentran presentes también en *El universo o nada. Biografía del estrellero Guillermo Haro*, relato de la vida de su esposo, largamente preparado y que ha aparecido casi al mismo tiempo en que se anunció que había ganado el Premio Cervantes. Este galardón es un reconocimiento a un largo y sostenido trabajo periodístico y literario, a libros valorados por la crítica y los lectores. Este premio, el más importante de la lengua española, debe ser motivo de regocijo por partida doble: porque se le da a una escritora y que además es mexicana.

Elena Poniatowska es una de las autoras nacionales más reconocidas y reconocibles, incluso por aquellos que ni siquiera se han acercado a sus libros. Ello se debe a su intensa vida pública y a su abierta y activa participación política, sobre todo en años recientes. Esto le ha traído multitud de detractores, los cuales, sin embargo, tienden a confundir la gimnasia con la magnesita: se puede estar de acuerdo o no con sus posiciones y opiniones políticas como intelectual y como ciudadana, pero los libros son los libros. Ahí están y estarán para ser juzgados y valorados, incluso cuando la sonriente y apacible presencia de Elena Poniatowska ya no aparezca en las tarimas de los mítines o en las pantallas de la televisión. **U**

